

El fin del curanderismo

Pedro Gómez García

"Presentación" en Pedro Gómez García (coord.), *El curanderismo entre nosotros*. Granada, Universidad de Granada, 1997: 7-12.

Cuando parecía destinado a extinguirse, la actualidad del curanderismo es candente, por su reanimada vigencia social, por la polémica desatada ante algunas actuaciones curanderiles, por su presencia en los medios de difusión radiofónicos y televisivos, y por el interés suscitado entre algunos antropólogos.

Hoy, los indagadores del tema rompen con la visión ingenua, o vergonzante, pero igualmente con el desprecio pseudoilustrado que sólo ve en los curanderos a farsantes, embaucadores o pervivencias de una mentalidad irracional. El estudio pone al descubierto cómo el curanderismo, en nuestras sociedades, no existe independientemente sino que forma parte del sistema médico real, que articula en sí tanto la medicina oficial, hegemónica, como la popular. Los hechos demuestran que las intervenciones simbólicas de los curanderos llegan a tocar resortes profundos de la enfermedad, poniendo así en marcha mecanismos restauradores de la salud. Hay dolencias de las que no entienden los médicos o en las que son más efectivos los curanderos, lo cual da pie para justificar una especie de división del trabajo complementaria entre médicos y curanderos, y como un reparto del poder terapéutico. Aunque en el curandero se trata más bien de un carisma individual, contradistinto del poder derivado de la ciencia y la institución médica.

Así, por ejemplo, la investigación de miles de recetas de los remedios curanderiles, mediante el análisis de lo significativo de sus ingredientes (sabores, colores, olores, formas, texturas, denominaciones, etc.) en relación al tipo de enfermedad para el que se indican, conducen, por una vía parecida al análisis estructural, a comprender las representaciones culturales del cuerpo enfermo así como los modos de funcionamiento de cada remedio. En ellos, frecuentemente se combina la eficacia farmacológica con la dimensión simbólica. Mediante ellos, el paciente entra en contacto con un mundo cargado de sentido, entra en una red de intercambios con la naturaleza, con los demás, con lo sagrado. Por lo demás, este aspecto simbólico y ritual nunca anda ausente en la medicina profesional, aunque esté postergado. Entre ambas medicinas se dan profundas continuidades y homologías, del mismo orden que las que Lévi-Strauss desentrañara entre el «pensamiento salvaje» y el pensamiento científico. También el curanderismo nos desvela cómo funciona el espíritu humano.

La historia de la medicina es inseparable de una perspectiva histórica de los avatares del curanderismo. En la modernidad, la escisión de la medicina científica va ligada a la emergencia de un paradigma biológico, cosa que ocurre en el contexto de la laicización burguesa de la cultura, necesitada de acabar con la legitimación sacral del poder. Sin esa lucha contra el pensamiento mágico, considerado como superstición, acaso no hubiera podido fundarse el pensamiento científico moderno. Pero la contrapartida fue

la ruptura de la relación holista con la realidad (se expulsa el alma, se expulsa lo irracional, lo subjetivo, lo simbólico). Para la ciencia médica, queda solo el cuerpo, concebido mecánicamente. Entonces, la enfermedad no es sino algo que agrede desde fuera a la máquina corporal, como una infección, una mala alimentación, etc. Y la curación consiste en una intervención fisiológica o anatómica destinada a reparar la máquina. El progreso ulterior discurre como un proceso de especialización e hiperespecialización, siguiendo un enfoque biólogoista, y desembocando en tecnificación, burocratización, despersonalización. Las medicinas llamadas «alternativas» reaccionan postulando la personalización. Frente al biologismo en uso, sostienen la necesidad de reconsiderar la enfermedad y la curación desde unas coordenadas abiertas al papel del sujeto, del simbolismo, del ritual.

Entre los antropólogos, ya Marcel Mauss constató cómo un hechizo puede efectivamente provocar la muerte; es decir, la idea de muerte compartida por la comunidad puede causar efectos físicos. El hechizo hace que se reproduzcan los síntomas que culturalmente se le atribuyen, como síndrome psicósomático. De modo análogo, ciertas categorías comunes a la cultura del paciente y el curandero nos dan la clave para un modelo interpretativo, capaz de reconocer y explicar la eficacia de la medicina popular. Diversas disciplinas aportan elementos para una posible explicación de esos fenómenos aparentemente inexplicables: el psicoanálisis freudiano, el efecto placebo, el vínculo entre emoción y patología, la neurofisiología (el cerebro hace enfermar y curar), la psiconeuroinmunología reciente (correlación entre sistema nervioso central y sistema inmunitario). Esta última teoría parece especialmente interesante: El cuerpo puede defenderse mejor o peor; el sistema inmune actúa como variable independiente. Toda patología está influida por el sistema nervioso central, el mismo en que radica la función simbólica. En consecuencia hay que plantear un nuevo balance crítico no sólo con respecto a la medicina popular sino también con respeto a las medicinas extraoccidentales. Habría que elaborar un teoría general que las abarque a todas, donde se consideren tanto las culturas que activan más lo subjetivo como la cultura que privilegia lo positivo. En el fondo, una ciencia más avanzada, que supere la contradicción entre magicismo y biologismo. Lo que se postula es un nuevo reencuentro de la razón científica con el pensamiento «salvaje» —que es también el nuestro—.

A pesar de todo, la idea que la gente suele hacerse del curanderismo no es tan comprensiva. No sólo por los prejuicios heredados, sino porque la imagen del curanderismo que los medios de información ofrecen generalmente representa una distorsión bochornosa, adobada a veces por la malevolencia manifiesta o la estulticia de los presentadores, y siempre por la irremediable ingenuidad de algún curandero honesto pero incauto, y la indisimulable picardía de toda laya de neocuranderos, videntes, cartomantes y astrólogos mercachifles o estafadores, que pululan como una epidemia. Los curanderos genuinos están siendo puestos a prueba.

No hace mucho tiempo, dio mucho que hablar un programa televisivo que presentó lo que más bien resultó un espectáculo de acoso y derribo de un conocido curandero de Baza, Granada. Allí destacó sintomáticamente la intervención de un catedrático con un

discurso arquetípico de la defensa de una «razón» total y absolutamente descalificadora de la medicina popular. En tal discurso se concede que, en el ámbito del curanderismo, se producen curaciones e incluso que el curandero tenga visiones de la Virgen. Lo que pasa es que los curanderos dicen su verdad subjetiva, pero —se agrega— cuanto más convencidos estén de lo que dicen, más falso es lo que están diciendo. La importancia que se les da es culpa de la gente, del público que se deja convencer de estas cosas, un público inculto e ignorante, propio de una sociedad tercermundista enteramente, que naturalmente se deja convencer por estas cosas, que tienen una explicación perfecta, desde el punto de vista fisiológico, psicológico, etc. No tienen ningún misterio más que para el que quiera encontrarlo. Y por consiguiente —se concluye— no es más que un caso de incultura manifiesta. Sería algo propio de las gentes del Camerún y de los indios yanomamos. A lo cual contesta el curandero que a su consulta acuden catedráticos, jueces y médicos. Y otros objetan que en los más modernos países, Francia, Alemania, Estados Unidos, goza de gran vigencia la curandería. Pero el dogma racionalista no se conmueve y dictamina con aires de superioridad: Todo eso que cree multitud de gente, cuanto más lo crean más falso es. Porque no puede ser objetivamente, de ninguna manera. Resulta paradójico que, admitiendo el hecho, a la vez se le niegue estatuto teórico. Pues no se discute que cualquier chamán cura tumores, que ya el mítico Esculapio hacía milagros antes que la Virgen. Pero eso sería una cosa muy vulgar, son medios tercermundistas que han de rechazarse. Se pretende que la racionalidad científica es de tal naturaleza que no puede absolutamente admitir ninguna otra tesis. En suma, se nos emplaza a aceptar que, aunque de hecho la medicina popular pueda curarnos un tumor, uno debe, en nombre de la razón, optar por seguir enfermo, a fin de no incurrir en irracionalidad y tercermundismo.

La verdad es que hay en ocasiones una especie de oscurantismo invertido, bajo esa capa de razón ilustrada que se cierra dogmática al reconocimiento de lo que no entra en sus entelequias. Los investigadores del curanderismo ponen hoy de manifiesto lo obsoleto que es ya semejante «racionalidad». El estudio etnológico de los que imponen las manos llega a conclusiones bien diferentes de los prejuicios filosóficos de la razón reductora y simplificadora. Además, las supersticiones irracionales no acechan sólo al pensar simbólico, sino que se infiltran también en discursos teóricos y prácticas técnicas. Esto no significa, de ninguna manera, que no sea imprescindible aplicar la crítica racional a las construcciones semánticas, mítico-mágicas y religiosas, cuya disolución indiscriminada, sin embargo, constituiría una amputación de dimensiones intrínsecamente humanas.

Denunciemos los fraudes, incluidos los de las racionalizaciones que se vuelven ciegas para ciertos hechos. Reconozcamos los valores pragmáticos, también en los remedios y rituales curativos que resultan objetivamente eficaces. Porque no es la verdad positiva de la información descriptiva que maneja el curandero el criterio más adecuado para determinar su valor terapéutico, sino la efectividad real de la curación mediante acciones rituales. ¿O habrá que descartar toda práctica médica anterior a la biomedicina moderna, o desprovista de una previa teoría científica? Si ciertos saberes empíricos, o la combinación de éstos con representaciones simbólicas, resultan

inseparables del proceso efectivo de curación para la propia medicina oficial, no hay tanta incompatibilidad con las tradiciones que dan preeminencia a los símbolos, máxime si son conscientes de sus límites y aceptan la complementariedad con la biomedicina. Si para ésta el riesgo está en la tecnificación deshumanizadora, para el curanderismo el riesgo reside en la milagrería y la credulidad, cuyo antídoto proporciona el sentido común aún mejor que la razón positivista.

En todo caso, proyectar un sentido, una esperanza, como hace el paciente que va al curandero (también el que va al médico), elevar componentes empíricos al rango de significantes simbólicos, no es en absoluto algo irracional, sino un uso específico de la misma matriz profunda de la razón, en su empeño por rastrear posibilidades ocultas de lo real. Como pasarelas a veces artificiosas y frágiles cumplen con frecuencia su cometido de llevar a la persona hasta la salud, que es lo verdaderamente importante para el que cura y el que sana. Pretender, a fuer de atenerse a ultranza a un canon cientista, cercenar esos puentes, esas mediaciones pragmáticas y rituales, y así dejar abierto un abismo insalvable, equivale a una obstrucción injustificada, al menos en aquellos casos en que se consigue una sanación que no se hubiera alcanzado de ningún otro modo. Por lo demás, incorporar al proceso curativo, como suelen hacer los curanderos, intervenciones multinivel, acompañadas de interacciones muy sutiles, sobre lo corporal (masajes, compeduras, imposición de manos, unturas, remedios comestibles, infusiones, contacto con la naturaleza), sobre lo psíquico (trato afectuoso y comprensivo, confianza en símbolos poderosos, verbalización del padecimiento, elaboración consciente de la enfermedad y la cura, polarización emocional o devocional) y sobre lo social (comunicación entre los pacientes, rituales mágicos o religiosos, desplazamientos colectivos de un lugar a otro, ida a la consulta que ya establece un lazo social, compartir y avivar la creencia en la posible curación, convivir fraternalmente), todo esto sin duda comporta virtualidades altamente salutíferas.

Para hacer inteligible el curanderismo, por tanto, resulta miope la óptica reductivamente racionalista o positivista. Se requieren análisis socioantropológicos y específicamente una teoría del simbolismo, en la que se encuadren las diversas teorías de las simbólicas particulares; análisis que clarifiquen los códigos simbólicos concretos de los que el arte curanderil se sirve. Como en cualquier arte, sus mensajes no son ni verdaderos ni falsos en el sentido científico, ni tienen por qué. En el plano de los resultados concretos, basta y sobra con que sean eficaces desde el punto de vista terapéutico.

La actual neuroendocrinología está despejando las bases científicas que explican cómo es posible dejarse morir de tristeza, o vencer una enfermedad tenida por incurable. La hipófisis controla las glándulas suprarrenales, que segregan dos hormonas, cortisol y adrenalina; la primera, por ejemplo, entre otras cosas, modula el sistema inmunológico. A la vez, el hipotálamo libera diferentes hormonas, como las endorfinas, que calman el dolor y dan sensación de bienestar. Pues bien, si los neuroendocrinólogos elucidan estos complejos mecanismos, confirmando el poder del cerebro sobre la salud y la enfermedad —y dando la razón a la sabiduría popular—, los etnólogos constatan cómo hay personas con una habilidad especial para activar favorablemente

tales mecanismos, sirviéndose de códigos simbólicos compartidos con su clientela. El valor de esas mediaciones, cuando son genuinas, anida ante todo en su eficacia terapéutica real, donde se desvela la razón de su sinrazón aparente.

Las aportaciones recopiladas en este volumen abordan diversas vertientes, entre las que cabe destacar: La persistencia del curanderismo entre las vías terapéuticas de la sociedad contemporánea. Las relaciones entre medicina tradicional o popular y medicina científica u oficial, señalando las diferencias objetivas, los antagonismos y complementariedades entre ellas. El conflicto entre médico y curandero. Diversos estudios de casos y análisis, sea de carácter etnohistórico o etnológico, e incluso psicoanalítico y filosófico, referidos a las prácticas terapéuticas curanderiles. Las vinculaciones del curanderismo con la religión, la magia, los conocimientos empíricos y la sabiduría populares. El uso de plantas medicinales en el proceso de sanación. La cuestión de la eficacia simbólica y real de los medios y remedios aplicados por la medicina popular. La indagación de los mecanismos profundos de la enfermedad y de la curación. El acercamiento actual de la biomedicina de vanguardia a ciertos valores del curanderismo. La importancia de las relaciones entre terapeuta y paciente. La utilización pragmática de las diferentes alternativas terapéuticas por parte de los enfermos clientes. Las distintas concepciones teóricas que tratan de explicar el fenómeno universal del curanderismo. El papel de los modelos socioculturales y de una peculiar experiencia biográfica como constituyentes del oficio de curandero.

No pretendemos haber agotado el tema ni cerrar el debate. Esperamos contribuir a un mejor conocimiento de ese fenómeno sociocultural tan arraigado, antiguo, universal y ambiguo. Este libro ofrece elementos para un discernimiento más apasionado por la modesta verdad que por las ínfulas de la dogmática oficial, presuntamente ilustrada.